

¿Putrefacción de excrementos
Ha de producir al hijo
Del sol, que navega á España,
De donde lo inquiere el indio?
¿De cicuta ponzoñosa,
Del opio, veneno impio,
Ha de formarse un metal,
Del mundo el mas pretendido?
¿El arsénico y lo graso
Del oso han de ser principios
De generacion tan noble?
¿No mirais que es desatino?
¿Si á interpretar jerigonzas
De vocablos inauditos,
Andais de autor en autor,
¿No veis, no veis que ellos mismos,
Cuando se dieron al ocio
De sus estudios prolijos,
Para desvelo de necios
Escribieron en guarismo?
Porque á saber ser verdad
Lo que tanto habeis creído,
Con lo oscuro no os hicieran
Escolásticos del limbo.
Lo enigmático y dudoso,
Pretendiendo ser Edipos,
¿Quereis deslobreguecer,
Cayendo en mayor abismo?
Si creéis que por verdad
Afirmaron los antiguos
Que la química era ciencia
Importante á los nacidos,
¿No echais de ver que en el modo
De vocablos exquisitos,
Para mas desatinaros
Huyeron del Calepino?
La virtud trasmutativa
Llamaron (ved qué delirio)
Polvo, piedra, cuerno, ungüento,
Elixir y otros distintos
Nombres, para que la escuela,
Que inquiere trasmutativos,
Dando en temas de locura,
Multiplica desvarios.
Lo que os manda ejecutar
En los términos precisos,
¿No veis que echa bernardinas,
Pues son sus vocablos mismos?
Denso, raro, ánima, cuerno,
Volatin, ingenio hijo,
Formas, materias, pureza,
Duro, blando, puro, misto.
Los humos de que se vale
Son calcantes, litargirios,
Magnetos, férreos y talcos,
Calaminas, salcatinos.
A los cuerpos de las sales
Los llaman nombres de espíritus,
Hilipinguado, baurat,
Tucar, coágulo, vitro.
Al azogue, que es el norte
En quien fundan sus principios,
Llaman Mercurio, Favonio,
Ecuato, Eufrate, unitivo.
A la plata, luna, reina,
Incineracion, lucinio,
Nigredo, calcinacion,
Hipóstasis femenino;
Y vosotros para usar
De aquestas cosas, solfeitos
Andais siempre entre crisoles,
Bacias, fuelles, hornillos,
Baños, morteros, cedazos,
Parrillas, copellas, vidrios,
Alambiques, cazos, ollas,
Fuego, cazuelas, lebrillos,
Tan tiznados y ahumados,
Tan quemados y curtidos,
Que parecen en los rostros
A los sulfúreos ministros.
Que el escarmiento en los necios,

Que fingieron tal camino,
No os libre de mentecatos,
Es de lo que mas me admiro.
Pues buscando incertidumbres,
Apurados de juicio,
Empeñadas las haciendas,
Y de caudales fallidos,
Andais mas pobres que andan
Vagabundos peregrinos,
Gramáticos y poetas,
Entre quien pocos se han visto
Con caudal; y así vosotros,
De la razon fugitivos,
Disipais todos los vuestros,
Emprendiendo desatinos.
Tú, Octavio, con tanto amor
Como codicia, has venido
Confiado en este embuste
A ver vanos tus designios.
Si bien el que esto escribe
Bien con el suyo ha cumplido,
Pues de palabras de viento
A sacar moneda vino,
¿Qué piedra filosofal
Hay de quien se haga oro fino,
Como de un fingido engaño
Y un amoroso cariño?
El mio halló su provecho,
Y la moza hizo su oficio,
Que es fingir amor en quien
Estafado de ella ha sido.
Ahí quedan las hornachas,
Los alambiques y vidrios;
La receta de hacer oro,
Esa la llevo conmigo.
Si te pareciere bien,
Estafa á otro motolito,
Porque pague con su engaño
Lo que te hemos ofendido.
Porque cobrar tu moneda
Con las armas de Filipino,
Tus ojos no lo verán
Por los siglos de los siglos.

No tardó poco el engañado genovés en leer los versos satíricos que sus fugitivos huéspedes le dejaron; luz tuvo de ser ellos los autores del robo, mas no la halló para topar con ellos. Aquella noche la pasó cual puede considerar el discreto lector de quien se veía en víspera de quebrar, y sin remedio de soldar su quiebra, y estafado ó robado. No perdió la esperanza, así de hallar en Córdoba el depósito intacto como de alcanzar á los robadores de su moneda. Vuelcos daba por la cama, y no lo causaba el amor de la tacaña Rufina, que ya se le había quitado con la falta de su moneda, sino el haberla perdido engañado de un embustero socarrón; allí maldijo los principios de su química, aunque debiera echarlos bendiciones, pues le atajaron con la burla que prosiguiera en su intencion. Apenas vió el día, cuando levantándose á toda prisa fué luego á la ciudad y á la casa del depositario de su hacienda, y preguntóle si había acudido allí Garay; le respondió que sí, y se había llevado cuanto en su poder tenía, siguiendo la órden que le había dado de entregárselo si viniese. En poco estuvo el desesperado genovés de no quedarse allí muerto de pena; hizo demostraciones de sentimiento, tantas, que á no saber la causa el depositario, le tuviera por falto de juicio. Consolóle lo mejor que pudo, y aconsejóle cuánto le importaba que luego se hiciesen apretadas diligencias en buscar á los delinquentes; hizo cuantas pudo, á costa de su dinero, que

le llevaron comisarios despachados con requisitorias por varios caminos; pero el que llevaba Garay y Rufina era tan extraordinario, que no dieron con ellos; y así, se volvieron á Córdoba á cobrar los salarios de quien les había despachado, con que fué añadir gasto al robo. Dilatóse luego por toda la ciudad, con que á otra letra que le vino al genovés hubo de ausentarse por no aceptarla y dar consigo en Génova con lo que pudo salvar de su moneda y hacienda, dejando á sus acreedores á la luna de Valencia, sin hallar bienes de qué cobrar sus deudas y créditos que le habían dado: paradero ordinario de los que abrazan mucho con poco caudal, fiados en que con la fuga se libran de estos lauces.

CAPITULO XI.

En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones; los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debían depositar en un ermitaño; discurre Rufina el robarlo; lo pone en ejecución, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.

A largo paso caminaban Garay y Rufina por camino desusado: en cuatro noches no durmieron en poblado, temerosos de que no fuesen hallados de la justicia, presumiendo que el ofendido genovés los había de hacer buscar con cuidado; al fin ellos desvanecieron sus diligencias con guardarse en disfrazado traje de ocupar el poblado. Garay acudía á él por lo necesario para sustentarse, y por ser buen tiempo, que era entonces la primavera, dormían en el campo. Llegaron á un bosque una tarde al ponerse el sol, temerosos de que un nublado muy denso no descargase sobre ellos cantidad de agua y piedra, que eso prometía con dilatados truenos y recios; con este temor se acogieron á lo mas espeso, donde amparándose de las ramas, las tomaron por defensa de una recia agua que el cielo envió, envuelta en piedra. Con el mismo temor se valieron del bosque otros que eligieron por amparo otro puesto cercano al en que estaban los fugitivos Garay y Rufina. El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba, y encubierto de las ramas se puso cerca de ellos.

Erán tres hombres los que estaban allí, y cuando Garay llegó comenzaba esta plática el uno de ellos: Si esta noche, compañeros míos, no se serena, mal lance podemos esperar en lo que emprendemos; porque á continuar así esta agua, vendrá á ser estorbo de nuestros intentos. Así es, dijo otro, y el ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo. Unico hombre es, dijo el otro, y la capa de su hábito lo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente el modo con que ha sabido granjear las voluntades de los que le han dado á su cargo aquella ermita. El sabe tambien fugir con su estudiada hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varon por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella. Doce años ha que le conozco, dijo el segundo, usar el trato del araña, y

en todo este tiempo ha tenido tanta dicha, que nunca puso pié en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados. Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita, con aquella cueva que ha hecho debajo de ella, el depósito de nuestros hurtos, dijo otro, y el de antes de ayer fué el mas considerable que ha habido en esta tierra, pues pasaron de mas de mil y quinientos escudos en oro los que le quitamos al tratante en tocino. No me contento con otros tantos, dijo el que primero había hablado, si la noche se mejora. Con esto trataron del modo cómo habían de ejecutar el hurto, de que no perdió sílaba Garay: sabía toda aquella tierra bien, y tenía la medida á palmos; de modo que conocía razonablemente al ermitaño, si bien le tenía por un santo, no imaginando que tal trato tuviese ni que su ermita fuese receptáculo de ladrones. Volvióse á su puesto con Rufina, á quien contó cuanto había oído á los ladrones; estuviéronse quietos, deseando que así lo estuviesen sus dos rocines, porque de ser sentidos, esperaban que tendrían mejor medra con sus despojos que con el hurto que iban á hacer. Sucedióles bien, estando la fortuna de su parte, porque las cabalgaduras estuvieron quietas, la noche se serenó, y los ladrones acudieron á hacer su herida: Garay y Rufina, sintiendo que se ausentaban de allí, tomaron el camino de una cercana venta, donde posaron aquella noche, y estuvieron en ella esotro día; allí confirieron Garay y Rufina lo que habían de hacer, y se dirá adelante, dándoles motivo á nueva empresa lo que á los tres ladrones habían oído la noche antes; y así dispuesto todo, los dos se fueron cerca de la ermita del cerro, donde estaba el hermano Crispin, que así era llamado, siendo ermitaño, y antes Cosme de Malhagas, por mal nombre entre los de su trato.

Ensayada estaba Rufina en lo que había de hacer; y así, á un árbol que estaba al pié de un cerro, cercano á la ermita, fué atada de Garay, y luego comenzó ella en altos gritos á decir: ¿No hay quien favorezca á una desdichada mujer que la quieren quitar la vida? Cielos, doleos de mí, y vengad el agravio que se le hace á mi inocencia. Aquí hacia su papel Garay, diciendo: No tienes que dar voces á quien no te ha de remediar; encomiéndate á Dios el poco tiempo que te queda de vida, que luego que seas atada á este árbol te he de sacar el alma á puñaladas. A los primeros gritos oyó Crispin á la mujer, y ballóse solo en la ermita, cosa nueva, porque siempre vivía las noches acompañado de la gente *non sancta* de su trato. Valióse el bendito de dos escopetas, antes que de amonestaciones, que no son tan eficaces para el miedo entre la gente obstinada; y así bajó al puesto donde estaban Rufina y Garay, disparando una escopeta. Vióle de molde á Garay esto, porque habiendo de hacer su fuga como tenía concertado con su moza, la hacia con mayor causa, pues se le atribuiría á temor de aquella tremenda arma; y así, poniéndose en su rocín y tomando la rienda al otro, á todo correr se ausentó de allí. Bajó Crispin, donde á la luz clara de la luna, que entonces comenzaba á salir, vió á Rufina

mintiendo llanto y fingiendo angustia del susto en que se había visto; y así, para hacer mejor su papel, dijo al llegar el hipócrita ermitaño: ¿Dónde vuelves, enemigo mio, perdiste el miedo al tremendo rumor de la escopeta para acabar mi vida? Aquí me tienes, da fin á ella; mas lo que te aseguro es que por este delito que cometes, estando inocente de lo que me imputas, te ha de castigar el cielo fieramente. Llegó en esto Crispin, y dijo: No soy, señora, quien habeis pensado, sino quien viene á remediar vuestra pena y ponerse á defender vuestra vida. ¿Dónde está quien pretendia ofenderla? que depuesto el modesto estilo de mi profesion, he venido con estas escopetas á seguir al que os ofende, por parecerme era servicio de nuestro Señor. Esto decia, y la desataba del árbol, y habiéndolo hecho, Rufina se arrojó á sus piés, diciendo: De vos, hermano Crispin, que ya sabia su nombre, me habia de venir este milagroso socorro; revelacion habréis tenido de este delito que se intentaba hacer, pues con armas ajenas de vuestro hábito habeis acudido al remedio, prevencion que os vendría del cielo para castigar tal maldad: páguenos Dios el socorro, que yo soy una flaca mujer, que no puedo mas que con sumisiones agradeceros este bien que me habeis hecho, debiéndoos no menos que la vida, que estaba expuesta al furor de un hermano mio, que mal informado queria quitármela.

Parecióle la mujer muy bien al hermano Crispin, que no despreciaba nada que tocase al género femenino; mas como su compostura y modestia habian de sustentar su introducida hipocresía, abstúvose de no decirle mil cariciosas razones, y asido á las aldabas de su mentida santidad, la dijo: Hermana mia, no soy tan digno de los favores del cielo como me hace, mas anhelo á procurar parecer bueno sirviendo en esta soledad al Señor; su divina Majestad ha permitido que en esta ocasion yo fuese el medio por quien vuestra vida no peligrase; gracias al cielo, que todo ha parado en bien; una celda pobre os puedo ofrecer esta noche y las demás que gustáredes hasta negociar vuestra comodidad, mientras se pasa la ira de vuestro hermano; esta os ofrezco con una voluntad muy sencilla y un amor de prójimo, que este hábito se vistió para ejercer estas caridades. De nuevo le dió Rufina las gracias por el ofrecimiento que le hacia mintiendo lágrimas, que en la mujer es cosa fácil; aceptó el ofrecimiento que la hacia, por ser lo importante para lograr su intencion, y así caminaron hácia la ermita, yendo el hermano muy aficionado de Rufina y metido en varios pensamientos; llegaron á ella con no poco cansancio de la engañosa moza, mintiendo aun mas del que tenia; Crispin la esforzaba, llegándose á darla el brazo. Abrió la puerta de su celda y entraron dentro; para lo exterior tenia una tarima en que fingia dormía, una pobre mesilla, un crucifijo á la cabecera de la cama, una calavera al pié, y la disciplina colgada cerca en un clavo. De ver esto se admiró Rufina, arrepintiéndose de haber venido allí, porque la pobreza de la celda y el encogimiento de su dueño parece que contradecian á la informacion que

habian tenido de los tres ladrones en el bosque. Crispin, viéndola notar todo su menaje, la dijo: Hermanica, parecerále pobre albergue este, con que se prometerá toda descomodidad esta noche; pues no desespere de tenerla, porque ha sido dichosa en no haber hallado aquí quien asista en novenas, que suelen algunas personas devotas tenerlas en esta ermita; y así, la providencia de los que cuidan de ella tienen alguna ropa para hacer camas aquí. Mentia en esto el hipocriton, porque habiendo preguntado lo primero á Rufina si era de Málaga, y díchole que no, con esto se atrevió á fingir que habia allí camas para los que tenian novenas, y no era así, sino que él, para dormir con comodidad y regalo, tenia muy blandos colchones y la ropa necesaria para una regalada cama, y aun para dos, por los secretos huéspedes que tenia; estaba esta ropa con otras alhajas en un sótano que él habia hecho secretamente, que era la custodia de los bienes que, contra la voluntad de sus dueños, se traian allí por la gente de rapiña. Rogóla que allí le atendiese, y el socarron solícito bajó abajo y subió la ropa, con que se hizo una cama en un retirado aposento, algo apartado del suyo; cenaron aquella noche algo mejor que Rufina habia pensado, porque no faltaron principios de regaladas frutas del tiempo, una sazónada olla y un conejo antes de ella, que dijo Crispin haberle dejado allí un devoto suyo, á quien debia muchas obligaciones. Rufina, forzando su natural alegre, estuvo muy mesurada en la cena, fingiendo mala gana de cenar, causada de su fingida desdicha; el hermano tambien mentia la hambre con que estaba, pues para sus buenos alientos era toda aquella cena poca; mas hubo de abstenerse, como Rufina, más no lo estuvo de mirarla en cuanto la cena duró. Hubo gracias á la postre, como al principio bendicion, con que alzados unos pobres, aunque limpios, manteles, el hermano deseó saber de Rufina la causa de quererla su hermano matar, y así la rogó que se la dijese. Ella por mostrar agradecimiento en esto y reconocer la obligacion en que le estaba, le dijo: Aunque renovar sentimientos ha de ser para mí mas afliccion, tiéneme, hermano, tan obligada, que sería ingrata á no condescender con lo que me manda; y así, prestándome oídos, pasa mi suceso de esta suerte.

Yo soy natural de Almería, nacida de padres nobles, pues ha muchos años que en aquella ciudad tuvieron su antiguo origen; no tuvieron de su matrimonio mas que á mi hermano y á mí, que es un año mayor que yo; y murieron nuestros padres, dejándonos á mí de quince años, moza y con la cara que veis; tuve muchos pretendientes para casarse conmigo, mas mi hermano no se pagaba de ninguno, poniéndoles defectos, ya en la sangre, ó ya en sus personas, con que no llegó á tener efecto ninguno en su pretension; bien creo que era la causa de esto desear mi hermano que yo me entrase religiosa en un convento de monjas donde estaban dos tias mias, y de esto tuve premisas, por ver lo que yo era rogada de ellas que fuese allí religiosa; yo nunca tuve intento de serlo, y así nunca les salí á su pretension, con

que mi hermano no me mostraba muy buen semblante. Acertó á venir de Flandes un hidalgo que habia salido de Almería niño, y por sus servicios mereció llegar al puesto de capitán de infantería, y de allí á capitán de caballos; quiso dar una vuelta á la patria; y así, con licencia de su general, vino á ella muy lucido de vestidos; tenia mediana hacienda y muchos réditos caidos de ella desde que habia dejado su patria; vióme un dia en una iglesia, preguntó quién era, informáronle bien, y lo mas cierto es que se aficionó de mí, con que me comenzó á galantear y á escribir; al fin, por abreviar, yo, viendo sus finezas, su igualdad en sangre y buenas partes en él, procuré pagarle su aficion, de modo que le di entrada en mi casa con pretexto de que sería mi marido; pudo hacer esto con mas seguridad, por estar entonces mi hermano enfermo de una larga enfermedad, de que pensó morir. ¡Pluguiera al cielo así fuera, para que no llegara yo á ver lo que ha pasado por mí! Uno de los que me festejaban, envidioso de que un recién venido hubiese sido admitido en mi gracia y tan adelante, dió en seguir sus pasos, y pudo su vigilancia llegar á verle entrar en mi casa y salir muy á deshora; con esto le pareció vengarse de mí, que le habia despreciado, en dar cuenta á mi hermano de lo que pasaba en su casa; y así, un dia que le visitó, hallándose á solas con él, le dijo cuanto habia visto. Estaba entonces mi hermano mas esforzado, pues se comenzaba á levantar, y con mediana diligencia pudo certificarse en ver lo que el otro le habia dicho. No pudo por entonces vengarse por su gran flaqueza; mas dejólo estar para mejor ocasion, sintiendo mucho que yo hubiese puesto los ojos en el capitán; porque con cualquiera no sintiera tanto el verme prendada como con él, que con un hermano suyo mayor habia tenido muchos disgustos, y nunca se llevaron bien.

Convaleció mi hermano, y vió al capitán ausente de Almería, que habia ido á la corte á sus pretensiones, me dijo que me queria traer á Málaga á ver otra tia monja, de la orden de San Bernardo; yo, creyéndole, como estaba ignorante que sabia estas cosas, condescendí con su voluntad, muy gustosa de tratar tal jornada, porque queria mucho á esta señora, y ella me pagaba este amor con muchos regalos que me enviaba. Con esto se dispuso la partida, y viniendo en dos andadores rocines con dos criados, al llegar á este bosque los mandó adelantar á tomar posada, y al emparejar con ese sitio donde me hallastes, que era cuando habia anochecido, valiéndose de sus fuerzas, me apeó y puso en el término que viste, donde perdiera la vida infaliblemente si vuestro socorro no llegara en la forma que llegó, porque del trueno de la escopeta temió de tal manera, que desamparó el puesto y me dejó atada á aquel árbol; Dios os guarde, que nunca me olvidaré, mientras Dios me diere vida, de este beneficio.

Consoló mucho el hermano Crispin á su huésped, y ofrecióla que la ayudaria en cuanto se la ofreciese; y por ser algo tarde se recogieron á dormir, yendo Crispin lo bastantemente enamorado de Rufina para desear

hallar modo cómo supiese, sin escándalo, su intencion. Rufina ocupó la cama que se habia hecho para ella, y Crispin otra que tenia escondida con muy buena ropa, que no se procuraba tratar mal. Toda aquella noche estuvo desvelado, discurriendo cómo podria manifestar su amor á su huésped; con esto le halló la mañana, anunciándola los pajarillos de los vecinos campos con sus harpadas lenguas; levantóse, y de allí á poco Rufina, la cual acudiendo á la iglesia de la ermita, que se podia entrar por ella desde la casa del ermitaño, le vió en ella de rodillas; apenas sintió ruido, cuando dejando su oracion, si la hacia, volvió la cabeza á verla; no pudo acabar consigo menos, tanto la queria desde la pasada noche; tambien Rufina de su parte se acogió á la hipocresía, estando largo rato de rodillas, mas que ella quisiera, porque no era muy devota. Vió acabar de orar á Crispin, y así ella tambien dejó de hacerlo, vióse para ella el hermano, diciéndola: Loado sea el Señor, hermanita en Cristo, y déle tan felices dias para el cuerpo y para el alma como yo deseo; dígame, criatura de Dios (¡y qué perfecta!), ¿cómo ha pasado la noche? Ella le dijo: Hermano, con su buen agasajo bien, aunque mi pena no ha permitido que el sueño diese sosiego. Es uno de los alimentos mayores que tiene el hombre, dijo Crispin, y así creo que hace tanto como la comida; encomiéndolo todo á Dios, que su pesar parará en alegría. Así lo permita su infinita bondad, dijo ella. Fuéronse de allí á una estancia que miraba al campo, donde sentados los dos, quien comenzó la plática fué Crispin, diciendo así:

Cierto que cuando veo á los hombres salir de su quietud y andar con desasosiego por la hermosura de las mujeres, en parte los disculpo, porque los efectos humanos no pueden dejar de hacer su oficio, que es dejarse llevar de lo que los ojos han visto con delectacion suya, teniendo por objeto una de las muestras mayores que nos ha dado la divina Majestad, para que por ellas rastreemos cuáles serán las celestiales beldades de aquellos espíritus angélicos. Yo desde que dejé el mundo, que fué en edad que aun no conocia malicia, me procuro apartar de ver hermosuras, porque hallo que es para mí grande inconveniente el mirarlas, pues de hacerlo con atencion, como he visto por experiencia, resulta el verme inquieto: lazos que pone el demonio para que los que estamos ajenos de él seamos suyos. Todo este período ha parado en llegaros á decir que el mayor servicio que os he hecho ha sido el admitiros por huésped mia, cuando vuestro rostro es el mayor peligro que tienen las almas, pues tiene tantos primores, que con ellos las hechiza y enajena; no os admiren estas razones, ajenas de este hábito, que por lo hombre me distraigo de él, para deciros esto.

Quedó con colores de vergüenza el que tenia tan poca, y no menos la mostró Rufina; mas como la ocasion la ofrecia cabellos, y aquella era la que habia de darla camino para su pretension, no quiso perder sus cabellos, y así le dijo: Aunque yo no me incluya en el número de las que pueden con su beldad inquietar á

los hombres, le confieso, hermano Crispin, que me conformo con su opinion, que es tan poderosa la fuerza de la hermosura, que á mí, con ser mujer, me lleva y deja suspensa cuando tengo algun bello objeto delante de mis ojos; y así no me admira que los hombres hagan extremos estando enamorados, pues á mas les obliga la fuerza de la belleza que aman; ni aún me espanto de que comprenda aun hasta los que están retirados del mundo, pues no se han purificado de los humanos afectos. Yo estimo en mas el hospedaje que me haceis, pues es con tanta pension de vuestra quietud; quisiera que en mí misma no estuviera la causa; mas lo que podré hacer, será dejaros descansar y aliviaros del enfadoso hospedaje mio, si os tiene de costa lo que me significais pernicioso, que os pago, si no en la misma moneda, á lo menos con lastimarme que dejádes tan presto el trato de las cosas del mundo por vivir en esta soledad, que aunque es por mejora de vuestro espíritu, todavía hallo en vos partes para que todos las estimaran algun tiempo, teniéndole despues para poner en ejecucion lo que habeis hecho. A medida de su deseo habló Rufina al hermano Crispin, y él, contento con lo que la oía, se atrevió á decirle que su hermosura era tan poderosa con él, que desde que entró en su albergue no podía sosegar, amándola tiernamente. Rufina no se esquivó de lo que le oía, disculpándole los afectos de hombre; no le desesperó de favor, porque la convenia; y así le dejó contentísimo. Fingióse Rufina indispuesta dos dias sin levantarse de la cama, donde fué regalada de su huésped con grandísima puntualidad, que de noche le traian conocidos suyos, de los cofrades de Caço, cuanto podian desear. A mucho se atrevia Rufina, que fué á quedarse á solas con un hombre en una soledad; mas hizo este atrevimiento conociendo en él mucha voluntad y amor; y este, cuando es perfecto, siempre peca en cobarde, pues no hay ninguno que amando perfectamente se atreva á ofender con osadías á quien ama; así lo hacia Crispin; lo que estaba en su favor fué el prometerle Rufina que sabido de su hermano que no estaba en Málaga, le oiria con mas gusto, pero que la pena de no hallarse aun allí segura la tenia desazonada para no atender á los muchos méritos que en él iba conociendo cada dia. Con esto pudo tener á Crispin á raya, con esperanzas de verla mas propicia en su favor; y así la prometió hacer las diligencias posibles con amigos suyos, para saber si su hermano estaba en Málaga.

CAPITULO XII.

Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de *El conde de las Legumbres*.

Aquella noche los tres camaradas de la garra, amigos íntimos de Crispin, llegaron á su ermita con un grandioso hurto, que era el que no habia tenido efecto la noche que se acogieron al reparo del bosque, de quienes Garay oyó su plática; lo que traian eran dos bolsas con lindos doblones, en que habia mas de mil y quinientos escudos. A estos habia Crispin de franquear

la entrada en una casa, donde le daban limosna en la ciudad, y aquella noche no tuvo efecto su pretension por el agua, que le fué estorbo al ermitaño Crispin para ir á la ciudad; ahora se facilitó mas con un muchacho que dejaron dentro para que á media noche les abriese las puertas.

Estos tres garfios humanos se hallaron en la ermita, de quienes Crispin ocultó la huésped que tenia, y admitióles á estos en su albergue, sin reparar en el recato de su estado, por la gran confianza que ya tenia de Rufina, de quien fiaba que le ayudaria en todo. Dióles de cenar á los tres, y sobre cena se trataron varias cosas; habia entre los tres uno que, habiendo dejado sus estudios, se dió á esta pícaro y peligrosa vida, no mirando á su sangre y partes, que las tenia buenas. Este siempre era el fomento de las conversaciones y el entretenimiento de sus amigos; y así, le pidió Crispin que para divertir algo de la noche y no acostarse acabando de cenar, les contase alguna historia ó novela, pues tantas habia leído. Esto hizo por entretener á Rufina, que toda su plática estaba oyendo desde su aposento, que era otro mas dentro de donde los tres estaban, no poco alegre de acabar de haber visto que Crispin era el encubridor de aquella gente tan honrada. Rogado pues, el compañero quiso darles gusto, y así dijo de esta manera.

NOVELA SEGUNDA.

El conde de las Legumbres.

Don Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Bierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio y con una hermana, llamada doña Costanza en su patria; mas por faltarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fué fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flándes, donde por sus heróicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alférez, que fué el primer puesto que tuvo, subió al de capitán, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su majestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesion de la primera encomienda que de aquel militar orden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año; esto y saber que su hermano mayor era muerto le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que habia dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia; los unos para su amparo, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca á tiempo que su hermana faltaba de allí quince dias habia, porque una tia suya, hermana de su padre, viuda, se la habia llevado consigo á Valladolid, donde entonces estaba la corte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, des-

pues de sus dias, para que con ella se casase. Trató, luego que llegó don Pedro á su patria, de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenia puestas en razon y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previendo estaba su partida, cuando un dia que se halló en la plaza de Villafranca vió que por ella cruzaban, enderezando á un meson que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas; en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á esta seguia una dama, cuya hermosura y gentil alio dejó á cuantos la vieron aficionados, y mucho mas á don Pedro, porque fué tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito, fué siguiendo la litera con una suspension tan grande, que no miró la nota que de ello podia dar á los que con él estaban; vióla apear á la puerta del meson, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fué de su bizarro talle y curioso preudido; finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quién era la que tan prestamente habia triunfado de su albedrío y cautivado su libertad; presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del meson á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero y dónde iba; el criado, que no era menos apacible, le dijo estas razones:

Señor mio, el caballero por quien me preguntais, que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de Alemania; su venida á España fué á ser embajador ordinario en la corte de vuestro Rey, por la cesárea majestad del Emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras, y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agrada de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la corte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la majestad católica, y amado de todo lo noble de su corte, porque su generosidad y agradable condicion saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratado este casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el Marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hizo mas esfuerzo en esto, deseando el Emperador que tenga efecto: nuestra venida fué con tan mal temporal, que padeciamos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veiamos á pique de ser anegados. Entonces el Marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesion del glorioso patron de las Españas, de quien es muy devoto, visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Llegamos á Valladolid, y apenas

el Marqués descansó quince dias, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despacho de la dispensacion que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relacion que le habia hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fué ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego. Aquella noche quiso de embozo ver cenar al Marqués y á su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfaccion dió buen cebo á sus ojos, que fué echar mas leña al fuego. Esotro dia partió el Marqués de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche antes habia discurrido sobre su penosa inquietud, y convino para un nuevo capricho que le ocurrió que no fuese en ninguna manera visto de dia del Marqués, de Margarita ni de ningun criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso, y así el Marqués caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no seria en aquellos veinte dias, haciéndose el cuenta del descansar en Compostela algunos, para tomarse á poner en camino con mas aliento; dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos, se vino á Ponferrada, villa mas hácia la corte, cuatro leguas de la que habia dejado allí; se hospedó en un meson, de donde no salia de dia; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y á quien dió parte de sus intentos. Tenia don Pedro un criado que le habia servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entonces, en quien don Pedro habia conocido mucha fidelidad y amor; á este nunca se reservó secreto alguno ni aficion que tuviese; de suerte que para con él no habia cosa oculta, salvo esta aficion, de que no le habia dado parte. Conocia Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenia desvelo, pues lo mas de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto; veía por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche ó por el dia no dejara de acudir á su martelo; porque un corazon afligido brevemente descubre su pasion con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa